

CORONAVIRUS

Padre Pedro José ynaraja Díaz

Pensaba acabar hoy la cuestión de la clase de religión, pero la triste realidad que vivimos me lo impide y trataré, pues, de ser fiel a la actualidad, opinando o iluminando la situación con ideas que espero puedan prestar ayuda espiritual. Que ningún lector se extrañe de que trate de orientar, acudiendo a situaciones pasadas.

Confieso que, como imagino que a todo el mundo le pasó, las primeras noticias de la epidemia nos llegaban de muy lejos, de China concretamente y poca importancia se le dio. Más bien las sugerencias que circulaban eran puramente anecdóticas. Pensé yo de inmediato en algunas escenas de la película de Ingmar Bergman "El séptimo sello" que recuerdo muy bien pero que pese a que su ritmo lo lleve una familia de titiriteros ambulantes que serán víctimas de una peste, domina en el film el contenido ideológico y el estético, más que el trágico.

Acudió a mi mente enseguida la novela de Albert Camus "La peste". Se puso de moda su lectura hace años, allá por la década de los sesenta del pasado siglo. La triste consecuencia que recuerdo en muchos casos, fue que el planteamiento del tal relato, había tenido como consecuencia, la pérdida de la Fe. Estaba centrado el argumento en una peste que se declaraba en Argel. A. Camus era argelino. Los protagonistas del relato, más que las víctimas, son un médico y un sacerdote, eminentes los dos, amigos y bondadosos los dos, pero dispares en el terreno de las creencias. Más que el suceso, interesan sus apasionadas discusiones. Ambos personajes gozan de profunda honradez de pensamiento y conducta y su personalidad es sumamente atrayente. Vuelvo a repetirlo para que se entienda la profundidad del impacto. El momento álgido, muy bien preparado por el autor, es la declaración del médico: nunca podré aceptar una religión que no me explique el sufrimiento y muerte inocente de los niños. O aceptar una cultura que asista impávida a sus desgracias. (he buscado la frase textual, encontrándome que no la citan los muchos archivos que aparecen, pero las muchas citas que ponen, están en este mismo sentido).

Contestaba yo como podía al argumento del médico personaje, con la frase de Emmanuel Mounier, que en nada concuerda, pero que está situada en el mismo terreno del misterio del sufrimiento humano, cruzado con el de la libertad del ser humano, de su responsabilidad e imputabilidad. Veo que me estoy enredando y no hace falta.

Decía, pues, Mounier, "Nada se parece más a Cristo que la inocencia sufriente" y también "Ahora estamos en nuestra verdadera situación de cristianos. Es muy hermoso ser cristianos por la fuerza y la alegría que esto da al corazón, por la transfiguración del amor, de la amistad, de las horas y de la muerte. Y, después, se olvida la cruz y la noche de los Olivos" y conste, para autentificar estas palabras que el fundador del personalismo. La irreversible enfermedad de su hijita, Françoise Ya que buscando lo que he puesto he encontrado otras frases muy bellas, me resisto a no añadirlas para que sean de provecho a los lectores, estos días que no se nos permite salir de casa: "Mi pequeña Françoise, tú eres para mí la imagen de la fe. Aquí abajo la conoceréis en enigma y como en un espejo. Tantos inocentes desgarrados, tantas inocencias pisoteadas; esta niña inmolada día a día constituía quizá nuestra presencia en el horror del momento. Debemos continuar juntos, Francçois, hija mía, sentimos que una historia interviene en nuestro diálogo; resistimos a las formas fáciles de la paz firmada con el destino, seguir siendo tu padre y tu madre, no abandonarte a nuestra resignación, no acostumbrarnos a tu ausencia, a tu milagro; darte tu pan cotidiano de amor y presencia, proseguir la plegaria que tú eres, reavivar nuestra herida, que es la puerta de la presencia, permanecer contigo" y otra más y basta: "Debemos continuar juntos, Francçois, hija mía, sentimos que una historia interviene en nuestro diálogo; resistimos a las formas fáciles de la paz firmada con el destino, seguir siendo tu padre y tu madre, no abandonarte a nuestra resignación, no acostumbrarnos a tu ausencia, a tu milagro; darte tu pan cotidiano de amor y presencia, proseguir la plegaria que tú eres, reavivar nuestra herida, que es la puerta de la presencia, permanecer contigo».

No hace mucho, escribí sobre aquella peste que la bebida gratuita de la cerveza que elaboraban los monjes trapense de cierto monasterio, salvó sus vidas.

Recordaba el ébola, tengo siempre presente la malaria, itanta cosa me vienen a la memoria estos días!

He pensado en muchas cosas, pero hay una que en este momento es diferente. El coronavirus que nos viene, o que ya está presente, llega aquí, estoy sumergido en él y figuro según estadísticas como en edad preferente y que dicho sea de paso debo agradecer a Dios, pues, 87 años que estos días cumplo es un don y es una responsabilidad.

Dentro de casa, sin salir, debo ser fiel a mi vocación. En primer lugar la plegaria, la litúrgica y la personal. Y hasta ahora, al llegar al final de la jornada he sido fiel.

Evidentemente, lo que primero pensé, que no he ignorado en ningún momento, pese a que hasta ahora no me haya referido, fue la peste que afligió al pueblo de Israel en tiempos del Rey David.

Voy a copiar textualmente el pasaje

“David dijo a Gad: «¡Estoy en un grave aprieto! Caigamos más bien en manos del Señor, porque es muy grande su misericordia, antes que caer en manos de los hombres». Entonces el Señor envió la peste a Israel, desde esa mañana hasta el tiempo señalado, y murieron setenta mil hombres del pueblo, desde Dan hasta Berseba. El Ángel extendió la mano hacia Jerusalén para exterminarla, pero el Señor se arrepintió del mal que le infligía y dijo al Ángel que exterminaba al pueblo: «¡Basta ya! ¡Retira tu mano!». El Ángel del Señor estaba junto a la era de Arauná, el jebuseo. Y al ver al Ángel que castigaba al pueblo, David dijo al Señor: «¡Yo soy el que he pecado! ¡Soy yo el culpable! Pero estos, las ovejas, ¿qué han hecho? ¡Descarga tu mano sobre mí y sobre la casa de mi padre!». Aquel mismo día, Gad se presentó a David y le dijo: «Sube a erigir un altar al Señor en la era de Arauná, el jebuseo». David subió conforme a la palabra que le había dicho Gad por orden del Señor. Arauná miró y vio al rey y a sus servidores que se dirigían hacia él. Entonces salió, se postró ante el rey con el rostro en tierra, y dijo: «¿Por qué mi señor, el rey, viene a ver a su servidor?». David respondió: «Para comprarte esta era y erigir en ella un altar al Señor. Así esta plaga dejará de abatirse sobre el pueblo». Arauná dijo a David: «Tómala, y que mi señor, el rey, ofrezca en sacrificio lo que mejor le parezca. Ahí están los bueyes para el holocausto, y los trillos y los yugos servirán de leña». Arauná le dio al rey todo eso, y añadió: «¡Que el Señor, tu Dios, te sea propicio!». Pero el rey dijo a Arauná: «¡De ninguna manera! La compraré por su debido precio; no voy a ofrecer al Señor, mi Dios, holocaustos que no cuesten nada». Y David compró la era y los bueyes por cincuenta siclos de plata. Allí David erigió un altar y ofreció holocaustos y sacrificios de comunión. El Señor aplacó su ira y la plaga cesó de abatirse sobre Israel.

De la lectura de este texto del II de Samuel 24, 13 ss he deducido por mi parte que debo obrar como es debido, sin que signifique que mi culpabilidad sea como la del rey David. Pero ya se sabe aquello de que “baste que una mariposa mueva sus alas en Tokio, para que de inmediato se desate una tempestad en el Caribe”

Ni he sido tan malo como David, ni tan inocente como el movimiento del lepidóptero, de aquí que de inmediato me programe como debo responder al suceso que nos maltrata, con mi ayuno, limosna y oración.

Espero que reflexionéis y deduzcáis lo que creáis debéis obrar. Escuchad las indicaciones de las correspondientes autoridades y cumplidlas, en conciencia, como cristianos deducid algo más.